





GUÍA PARA  
DESCONCERTADOS  
ENSAYOS



Esther Charabati

GUÍA PARA  
DESCONCERTADOS  
ENSAYOS



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Esther Charabati

© Ilustración de portada: Tomás Gómez Robledo

ISBN: 978-84-17961-08-4

ISBN digital: 978-84-17961-09-1

Depósito legal: M-22444-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi abuela, mi compañera*





## Atar y desatar

«Solo al hombre le es dado, frente a la naturaleza, el ligar y el desatar, y ciertamente en la sorprendente forma de que lo uno es siempre presuposición de lo otro». Con esta frase, Georg Simmel delinea la actividad básica en el acto de conocer: asociar hechos con ideas, ideas con ideas, hacer afirmaciones, refutarlas, ratificarlas... todas estas son formas de atar y desatar. Los hechos son silenciosos, casi inexistentes; ellos no toman la iniciativa, es necesario que un ser humano los mire, se pregunte por ellos y les confiera sentido por medio de un juicio.

Un elemento clave en este proceso es la pregunta: esa mirada cargada de duda y de intención, ese deseo de apropiarnos algo que se presenta como ajeno, es decir, esa necesidad de entender. En el origen de todo saber hay una pregunta que lo origina. Cualquier investigación, sea policíaca, científica o para desentrañar un conflicto doméstico surge de una pregunta que será sustituida por otras y de las que derivarán sucesivas hipótesis. Einstein afirmaba que generar nuevas preguntas y mirar viejos problemas desde un ángulo nuevo requiere una imagina-

ción creativa y marca un verdadero avance en la ciencia. Creo que lo mismo sucede en la vida.

Borges habla del *Emporio celestial de conocimientos benévolos*, una enciclopedia apócrifa, en donde los animales son clasificados en los siguientes rubros:

- (a.) pertenecientes al Emperador
- (b.) embalsamados
- (c.) amaestrados
- (d.) lechones
- (e.) sirenas
- (f.) fabulosos
- (g.) perros sueltos
- (h.) incluidos en esta clasificación
- (i.) que se agitan como locos
- (j.) innumerables
- (k.) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello
- (l.) etcétera
- (m.) que acaban de romper el jarrón
- (n.) que de lejos parecen moscas

Esta clasificación *sui generis* —que es una forma más de atar y desatar objetos— corresponde a una mirada particular, que se interroga por el estado, por el propietario, por la apariencia, por los actos... en otras palabras, responde a la pregunta «¿qué va con qué?», y cada una de las categorías supone una interrogante: ¿Es lo mismo pertenecer al Emperador, que no pertenecer? ¿Qué tienen en común los animales fabulosos y aquellos que desde lejos parecen moscas? ¿Los animales que se agitan

como locos pueden ser dibujados con un pincel finísimo de camello? Esta diversidad de preguntas nos habla de lo complejo de la realidad que solo se manifiesta cuando se cuestiona lo aceptado, en este caso la clasificación por género, especie y diferencia específica.

Más allá de su interés literario, estas preguntas son valiosas para el conocimiento porque niegan la clasificación única y nos remiten a aspectos que, si bien son ajenos a la naturaleza de los animales, vuelven posible la comparación: tener dueño o no tenerlo, vivir en una casa o en la calle, ser amaestrados o crecer sin instrucción, mostrar recientemente una determinada conducta o no. Los datos son mudos; solo el preguntador los hace hablar al interpelarlos.

Hay clasificaciones que, de entrada, se revelan como perversas: los inteligentes y los tontos, lo correcto y lo incorrecto, los amigos y los enemigos. Todo es atar y desatar. En vez de clasificar a las mujeres, por ejemplo, en sumisas y feministas, podríamos pensar en otras categorías: las que se levantan de buenas, las que saben defender sus convicciones, las nostálgicas, las que se sienten libres, las que odian los libros, las perfeccionistas, las que salen temprano de su casa, las que se pintan las uñas... La ventaja de tener tantos grupos es que no son excluyentes, por lo que se puede observar en una mujer la coincidencia de varias características, coincidencia que la vuelve única. Esta clasificación responde a una pregunta elemental —¿cómo son las mujeres que conozco?— y a otras más sobre sus costumbres, su temperamento, sus

sentimientos... Preguntas como estas nos impiden caer en el error de dividir el mundo en buenos y malos.

Las preguntas son fundamentales en la lectura del mundo; si sobreviven numerosas leyendas en las que una sola pregunta rompe el hechizo que pesa sobre un pueblo, es porque las preguntas renuevan la vida. Sin embargo, las escuelas y universidades evidencian que la capacidad para plantearlas está muy mal repartida. Lo que domina en las instituciones son auditorios llenos de estudiantes que enmudecen ante la invitación de plantear dudas. Y la realidad a la que se enfrenta la sociedad actual son millones de hombres y mujeres que, ante diagnósticos incomprensibles, discursos enmarañados y decisiones sin fundamento, se lamentan, señalan culpables, protestan, pero pocas veces formulan preguntas.

Esto no es una casualidad, en nuestra cultura —y en muchas otras— no nos gustan las dudas, se les asocia con el desacato. Como preferimos a los niños callados sobre los curiosos y los preguntones, hemos construido a golpes de silencio un país dogmático donde pocos cuestionan o refutan, aunque en los últimos años la realidad nacional nos ha obligado a romper silencios.

Hablamos, pues, de interrogar a la realidad, de inquirir por qué las cosas son como son, de indagar las causas y predecir efectos, de examinar las respuestas y convertirlas en nuevas preguntas, de no conformarse, de no poner punto final más que en forma provisoria. Si un niño pregunta por qué todas las vecinas adolescentes tienen hijos, por qué cerraron el centro de salud o cómo el mago logra

hacer los trucos sin que nadie lo descubra, abrirá una rendija para comprender el mundo en su complejidad. Pero nuestras relaciones con el mundo parecen requerir cada vez menos preguntas, lo cual deriva en menos ideas, menos demandas y menos posibilidades, porque las preguntas crean horizontes.



UNO





## Mi serpiente

«Cada uno de nosotros alberga a una serpiente», afirma Yasushi Inoué en *El fusil de caza*. Esta afirmación, contundente y provocadora, abre muchas preguntas: ¿cuál serpiente?, ¿la que confundió a Eva y corrompió a la humanidad?, ¿aquella que nos costó el paraíso y nos hizo merecedores del peor de los castigos? ¿La que nos permitió (al menos eso dicen) distinguir el bien del mal? No.

Inoué tampoco habla de la serpiente engañosa que nos lleva a elegir el camino equivocado del que nos arrepentiremos una y otra vez. Ni de aquella, audaz, que nos hace pronunciar una palabra prescindible que nuestro compañero nunca perdonará. No de la serpiente *superheroica* que nos atormenta con culpas y pecados y nos pone de rodillas ante nuestros verdugos. No es tampoco esa mala conciencia que despierta nuestros peores instintos y nos vuelve adictos a la violencia, ni la serpiente menesterosa que nos obliga a arrastrarnos por la vida en busca de un poco de lástima.

No es la serpiente cegadora que nos deslumbra y aprovecha un impulso para que renunciemos a todo lo bueno que nos ha dado la vida, aquella que nos ofrece un desierto inhóspito como un verdadero Edén. Tampoco

es la serpiente descalificadora que nos lleva a odiarnos a nosotros mismos y a consentir el abuso y el maltrato.

No es —al menos no solo eso— la serpiente de la envidia que sigilosamente se desliza en nuestras relaciones y nos distancia de amigos y hermanos, incluso de los hijos, que repentinamente se convierten en adversarios o enemigos porque no logramos compartir sus deseos.

Tampoco es la serpiente del egoísmo que cierra la puerta de salida y nos impone convivir con nuestra soledad, huyendo de la mirada del otro que solicita ayuda o amor, o bien los ofrece. Aquella que solo nos autoriza a percibir el mundo cuando estamos incluidos y castiga a los demás por el delito de ser otros, ajenos.

Es en parte la serpiente del destino, la que nos acompaña en nuestra travesía y a menudo, en contra de nuestra voluntad, toma el timón y maneja nuestras vidas a su antojo. La que nos lleva a creer en la libertad y a pensar que cada uno diseña su futuro con las coordenadas que traza. Una serpiente que introduce el azar en nuestras vidas y, con un pequeño soplo, derrumba en segundos el edificio que con tantos esfuerzos erigimos.

La serpiente a la que se refiere Inoué es un segundo yo, adherido al primero, cuya existencia ignoramos y que, de pronto, sin avisar, hace sentir su peso sobre nosotros, mostrándonos la precariedad de nuestras convicciones y la ligereza de nuestros sentimientos. Descubrimos entonces que nunca hemos estado solos, que somos un entramado de tiempos, voluntades y azares.

## La culpa la tiene el tiempo

La culpa la tiene el tiempo. Si fuera un poco más flexible, si nos dejara ir y venir por la autopista cronológica, sería más fácil tomar decisiones. Si pudiéramos asomarnos, por ejemplo, por la ventana del 2030 para vernos a nosotros mismos, para saber cómo seremos cuando todo haya pasado... No para alterar el presente —no se puede ser tan ambicioso—, simplemente para verlo desde otra perspectiva. ¿Cómo recordaremos ese momento en que tomamos la decisión de ser distintos? Irse de la casa, cambiar de trabajo, dejar a la pareja, emigrar a un país desconocido, ¿serán motivo de celebración o de lamentos? Quizá para entonces ya formen parte de esas memorias teñidas de nostalgia que incluso nos habilitan para reírnos de nosotros mismos. Desde ahí, desde el futuro, lo que hoy nos angustia y nos arrebató el sueño, serán meras anécdotas seguidas de sonrisas o de justificaciones. Porque nada es para tanto. Porque todo pasa. Es lo que dice la sabiduría popular con autoridad irrefutable, porque cuenta con el olvido. Es lo que decía mi abuela.

Si el duelo fuera más breve, si el dolor de las heridas se borrara fácilmente de nuestra memoria... Pero la vida pasa tan rápido... Antes de que los hechos lleguen a su fin son sustituidos por el relato que hacemos de ellos y que no es el hecho, sino su interpretación, lo único que almacenamos en el recuerdo. Un relato construido en un contexto preciso, por una persona —nosotros— que se inscribe en un pasado y tiene sus propias expectativas de futuro. «Seré una gran bailarina» se dice durante años aquella que, tras un accidente, no volverá a subir a un escenario. Ni a caminar. Un instante trastoca no solo su futuro, sino también un pasado impregnado de anhelos y emociones.

El tiempo pasa y la vida sigue. No será primera bailarina, pero eso no la retira del mundo. El relato cambia, ya no se enuncia desde la desolación, sino como un momento difícil, que fue superado. Quizás el accidente se mantenga como un *acontecimiento fundante*, pero pasa a un segundo plano, pues lo que cuenta es haber superado el dolor; lo importante es lo que sí se logró. El recuerdo suele ser revisitado desde los aprendizajes obtenidos, con las ventanas que abrió. A menos que alguien decida acabar con ella, la vida sigue, porque estamos hechos de tiempo. Lo aprende el protagonista de *Niños en el Tiempo*, de Mc Ewan, en el momento en que su hija de tres años es secuestrada en el supermercado: con ella pierde esposa, futuro y vida. Se obsesiona con encontrarla, se aleja del mundo, intenta escapar del tiempo, congelarlo, borrarse del curso de la historia, hasta que este lo atrapa

de nuevo con el llanto de un recién nacido, con una vida nueva.

Vivimos con la ilusión de controlar nuestra existencia; hacemos proyectos y definimos el futuro como si fuera nuestra obra. Y cuando el azar irrumpe e interrumpe nuestros planes, cuando un instante —un pequeño corte en la continuidad, un ahora sin extensión— cambia el antes y el después, pasamos de protagonistas a víctimas, a espectadores incrédulos e impotentes.

La vida no acepta condiciones, se burla de los requisitos y de las condiciones que formulamos al decir «yo podría vivir si...». Pero sí se puede; si fuéramos capaces de tomar distancia del ahora y hacer un viaje relámpago al futuro, comprobaríamos, sorprendidos o asustados, que aun las peores desgracias están destinadas a convertirse en anécdotas sombrías, pero integradas al presente; solo sobreviven en las palabras que organizan los hechos y los vuelve asimilables. Los relatos se cansan de repetirse y empiezan a transformarse: el pasado no es fijo, está cargado de posibilidades que alteran la narración y la mirada. Desde los distintos presentes, vamos reescribiendo nuestra biografía a medida que entendemos mejor el mundo; cada tanto, la vida nos exigirá definiciones que nos llevarán a alejarnos del centro, de los dogmas, de las convicciones inapelables; después de cada sacudida, nos adaptaremos a la existencia con la serenidad que el tiempo va depositando en nosotros.